

Programa de Entrenamiento Satelital para niños y jóvenes 2Mp

El “Programa de Entrenamiento Satelital para niños y jóvenes 2Mp” fue creado en el marco del Plan Espacial Nacional 2004-2015, con el objetivo de acercar la tecnología satelital a dos millones de estudiantes, a partir de los 8 años.

Se busca que los alumnos de las escuelas de nuestro país “conozcan, tengan acceso y utilicen la información de origen satelital, y que puedan aplicarla en lo sucesivo a las actividades que desarrollan en el ámbito de su vida cotidiana.”

Presentamos acá el material que el equipo de ese Programa aportó en el Primer Congreso Provincial de Formación Continua “La formación docente continua en los actuales escenarios educativos”. Mar del Plata, provincia de Buenos Aires, 11 al 13 de noviembre del 2013:

Programa 2Mp – Congreso FC – Final

John Berger
Traducción: Daniel Scarfo

La Primera y Última Receta: El “Ulises”

Abordé por primera vez el Ulises de Joyce cuando tenía catorce años. Uso la palabra abordé en vez de leí porque, como el título nos recuerda, el libro es como un océano; uno no lo lee, lo navega.

Como muchas personas cuyas infancias son solitarias, a los catorce años yo tenía una imaginación ya madura, lista para hacerse a la mar: lo que le faltaba era experiencia. Ya había leído El Retrato del Artista como Hombre Joven y su título era el título honorario que me otorgué a mí mismo en mis ensoñaciones. [1]Una especie de coartada o tarjeta de marino para mostrar, cuando desafiado, a la gente de mediana edad, o a uno de sus representantes.

Era el invierno de 1940-1941. Joyce de hecho se estaba muriendo de una úlcera duodenal en Zúrich. Pero entonces yo no lo sabía. No pensaba en él como un mortal. Sabía cómo se veía y hasta que sufría de problemas de vista, no me lo imaginaba como un dios pero lo sentía siempre presente a través de sus palabras, sus infinitos paseos. Y por ende no propenso a morir.

El libro me lo había dado un amigo que era un subversivo maestro de escuela. Arthur Stowe era su nombre. Stowbird* yo lo llamaba. Le debo todo. Fue él quien extendió su brazo y me ofreció una mano para que pudiera salir del sótano en el que había crecido: un sótano de convenciones, tabúes, reglas, idées reçues, prohibiciones, miedos, donde nadie osaba cuestionar nada y donde todos usaban su coraje –puesto que coraje tenían– para someterse a lo que sea, sin quejarse.

Era la edición francesa en inglés publicada por Shakespeare and Company. Stowbird la había comprado en París en su último viaje antes de que la guerra estallase en 1939. Solía usar un largo impermeable y una boina negra que había adquirido en el mismo momento.

Cuando me dio el libro yo creía que era ilegal en Gran Bretaña. De hecho no era más el caso (había sido) y estaba equivocado. Sin embargo, la “ilegalidad” del libro era para mí, con catorce años, una reveladora cualidad literaria. Y en eso, quizás, no estaba equivocado. Estaba convencido de que la legalidad era una pretensión arbitraria. Necesaria para el contrato social, indispensable para la supervivencia de la sociedad, pero dándole la espalda a la mayor parte de la experiencia vivida. Sabía esto instintivamente y cuando leí el libro por primera vez llegué a apreciar con creciente entusiasmo que su supuesta ilegalidad como objeto era más que coincidente con la ilegitimidad de las vidas y almas en su épica.

Mientras leía el libro, la Batalla de Gran Bretaña estaba siendo librada en el cielo por sobre la costa sur de Inglaterra y Londres. El país esperaba la invasión. Ningún futuro era cierto. Entre mis piernas yo me estaba convirtiendo en un hombre pero era bastante posible que no viviera lo suficiente como para descubrir de qué se trataba la vida. Y por supuesto no sabía. Y por supuesto no creía en lo que se me contaba, sea en las clases de historia, en la radio o en el sótano.

Todos sus relatos eran demasiado pequeños para ser coherentes con la inmensidad de lo que yo no sabía y de lo que podría no tener nunca. No, sin embargo, el Ulises. Este libro tenía esa inmensidad. No la pretendía, estaba impregnado de ella, fluía a través de ella. Tiene sentido comparar nuevamente el libro con un océano, puesto que ¿no es el libro más líquido que jamás se haya escrito?

Ahora yo estaba por escribir. Había muchas partes, durante esta primera lectura, que yo no entendía. Sin embargo, esto sería falso. No había ninguna parte que hubiera entendido. Y no había ninguna parte sobre la que no me hiciera la misma promesa a mí mismo: la promesa de que en el fondo, bajo las palabras, debajo de las pretensiones, las alegaciones y los imperecederos juicios morales, las opiniones y lecciones y presunciones e hipocresía de la vida cotidiana, las vidas de los adultos, hombres y mujeres, estaban hechas del mismo material que este libro: entrañas con destellos de lo divino. ¡La primera y última receta!

Aun a mi joven edad me daba cuenta de la prodigiosa erudición de Joyce. El era, en un sentido, el Aprendizaje encarnado. Pero Aprendizaje sin solemnidad que arrojaba su birrete y toga para convertirse en juglar y malabarista (Mientras escribo sobre él, algo del ritmo de sus palabras todavía anima mi lapicera). Quizás aún más significativo para mí en ese entonces era la compañía que su aprendizaje me hacía: la compañía de lo que no tiene importancia, de aquellos por siempre fuera del escenario, la compañía de recaudadores de impuestos y pecadores como lo dice la Biblia, baja compañía. El Ulises está lleno del desdén de los representados hacia aquellos que dicen (falsamente) representarlos, ¡y repleto de las tiernas ironías de aquellos de quienes se dice (falsamente) que están perdidos!

Y no se detuvo allí. Este hombre que me estaba contando sobre la vida que yo podría no conocer nunca, este hombre que nunca le habló condescendentemente a nadie y que permanece para mí hasta hoy como un ejemplo del verdadero adulto, este es un ser que, porque ha aceptado la vida, tiene una relación íntima con ella. Este hombre no se detuvo allí, puesto que su inclinación por lo bajo lo llevó a mantener ese mismo tipo de rasgos en sus singulares personajes: escuchaba sus estómagos, sus dolores, sus hinchazones. Escuchó sus primeras impresiones, sus pensamientos sin censura, sus divagaciones, sus rezos sin palabras, sus insolentes gruñidos y congestionadas fantasías. Y cuanto más cuidadosamente escuchaba lo que casi nadie había escuchado antes, más rico se volvía lo que la vida ofrecía.

Un día en el otoño de 1941 mi padre, quien debe haber estado inspeccionándome ansiosamente por algún tiempo, decidió revisar los libros en el estante junto a mi cama. Habiéndolo hecho, confiscó cinco: incluyendo el Ulises. Me dijo esa misma tarde lo que había hecho ¡y agregó que los había guardado bajo llave en la caja fuerte de su oficina! Por ese entonces él estaba haciendo una tarea en tiempos de guerra para el gobierno sobre el problema de cómo aumentar la producción fabril. Yo tenía una visión de mi Ulises encerrado bajo carpetas de secretos gubernamentales, con las etiquetas de Altamente Confidencial.

Estaba tan furioso como solo un muchacho de catorce años puede

estarlo. Me rehusé a comparar el dolor de mi padre –y él me lo había pedido– con el mío. Pinté un retrato de él –el cuadro más grande que he hecho hasta el día de hoy- donde lo hice verse diabólico, con los colores de Mefistófeles. No obstante, a pesar de mi furia, no pude evitar reconocer finalmente algo más: la historia de los libros confiscados y el padre con temor por el alma de su hijo, y la caja de seguridad Chubb, y los archivos del gobierno, podría haber salido directamente del confiscado libro en cuestión, y habría sido narrada con ecuanimidad y sin odio.

Hoy, cincuenta años más tarde, continúo viviendo la vida por la cual Joyce hizo tanto para prepararme, y me he convertido en un escritor. Fue él quien me mostró, antes de que yo supiera nada, que la literatura es enemiga de todas las jerarquías y que separar los hechos de la imaginación, los eventos de los sentimientos, el protagonista del narrador, es quedarse en tierra firme y nunca hacerse a la mar.

Bajo el afloramiento de la marea vio las retorcidas algas erguirse lánguidamente y mecer brazos reticentes, levantándose sus enaguas, en agua susurrante balanceando y volcando tímidas frondas de plata. Día tras día: noche tras noche: elevadas, inundadas y dejadas caer. Señor, están cansadas; y, susurrándoseles, suspiran. San Ambrosio lo escuchó, suspiro de hojas y olas, esperando, aguardando la plenitud de sus tiempos, diebus ac noctibus injurias patiens ingemiscit. Reunidas sin ningún fin; vanamente luego liberadas, desplegándose, replegándose: telar de la luna. Cansada también a la vista de amantes, una mujer desnuda brillando en sus cortejos, arrastra un surco de aguas.

*Nota del traductor: No es descartable aquí un juego de palabras del autor con to stow (estibar) y to stow away (viajar de polizón).

Capítulo de **Un ladrón entre nosotros**
de **Claudia Piñeiro**

Encuentro en la Biblioteca

Al día siguiente, Luba y Roberta me vinieron a buscar en un recreo.

–¿Podemos hablar con vos? –dijo Luba.

Y el problema esta vez no fue lo que dije, porque dije “sí” y esa fue una respuesta razonable a la pregunta formulada. El problema fue que me puse colorado, desde la frente hasta la punta de los pies. El calor me subía y me bajaba como si alguien estuviera lanzando bolas de fuego dentro de mí. Por suerte, ellas no estaban muy atentas a mis calores; ni siquiera me miraron. Estaban preocupadas por otra cosa, observaban a su alrededor, a un lado y al otro, tratando de confirmar que no había nadie cerca espíándonos.

–Te esperamos en el próximo recreo en la biblioteca –dijo Luba, y se llevó a Roberta de la mano.

Sonó la campana, y para cuando llegué al aula, después de pasar por el baño a lavarme con agua fría, mi cara ya no ardía. Teníamos clase de Matemáticas. Divisiones y multiplicaciones. Hice los ejercicios más rápido que nunca. Me gustan las Matemáticas, pero además quería que la hora pasara rápido; estaba ansioso porque llegara el momento de estar en la biblioteca escuchando lo que Roberta y Luba me querían contar. Cada tanto, en medio de la clase, cruzábamos miradas los tres, pero con mucho cuidado de no delatarnos. Ellas también parecían ansiosas. Cuando fue la hora del recreo, Iván se me pegó.

–¿Jugamos a la pelota?

–No, hoy no, voy a leer un rato a la biblioteca...

–Ah, me gusta la idea, te acompaño... –me dijo, entusiasmado.

El entusiasmo no se debía a que Iván fuera un buen lector; yo tampoco lo era, pero cada tanto íbamos a la biblioteca juntos a ver la enciclopedia donde aparecía el cuerpo humano desnudo y a leer nombres prohibidos. No es lo mismo decir ciertas palabras que verlas escritas en una enciclopedia. Uno aprende, por ejemplo, que frases como “esa palabra no se dice...”, nunca son terminantes. Y que siempre habrá excepciones permitidas. Porque te dicen “no se dice”, y después la mismísima palabra aparece impresa en una enciclopedia de la lengua castellana. Y, si aparece en una enciclopedia, será porque, en algunas circunstancias, alguien la dice, o la palabra habría desaparecido. Tita, la bibliotecaria, debía pensar algo parecido acerca de la enciclopedia y sus palabras prohibidas. Nunca lo hablamos, pero, cuando descubrió lo que hacíamos, no nos retó, aunque puso una condición para prestarnos la enciclopedia en el futuro: que cada día, antes de usarla, debíamos leer un cuento, uno por recreo. Si queríamos podía ser uno corto, por lo menos las primeras veces; y sólo después de hacerlo, nos podíamos dedicar “a incrementar nuestros conocimientos acerca de las Ciencias Naturales”. Me pareció un trato justo, pero, por esas cosas que a veces suceden sin que uno se las proponga, todavía no lo había utilizado.

Hasta ese día, en que usé su proposición, pero con otros fines.

–Es que no creo que te diviertas, voy a leer un cuento que me preparó Tita
–le mentí.

–¡Dale, Ramón, y después vemos las láminas del cuerpo humano!

–Es que es un cuento muy largo... No sé si va a quedarnos tiempo para la enciclopedia.

–Hacemos que lo leemos...

–Tita después te lo toma...

–Le mentimos un poco, leemos renglones saltados como para poder inventar...

–Y me dijo que después hay que contar el cuento en el aula... a todos los chicos, y a los chicos de otros cursos...

–¡Qué pesada!

Por fin sentí que la excusa empezaba a funcionar, pero, para no dejar margen de error, agregué:

–Y es un cuento de tres hermanitas huérfanas que juegan todo el día a la muñeca, y un día se ensucia la ropita e de las muñecas y la tienen que ir a lavar al río...

–No, pará, pará, no me interesa nada ese cuento... Mejor andá vos. Yo voy a ver si encuentro a alguien para jugar a la pelota un rato.

Y se fue. Llegué a la biblioteca unos minutos tarde.

Luba y Roberta me estaban esperando. No parecían enojadas por la tardanza. Leían juntas un libro que cerraron al verme llegar y dejaron en una silla al costado de la mesa.

–Roberta está segura de que las monedas las puso en su monedero, y yo estoy segura de que Ámbar dejó su pluma dorada en la cartuchera– empezó Luba.

–O sea que las dos estamos seguras de que alguien se está llevando cosas de nuestra aula– dijo bajito Roberta.

No agregué nada. Sólo asentí. Yo también estaba seguro de que alguien se había llevado esas cosas. Y no sabía por qué. Tal vez por la cara de Roberta el día que le sacaron sus monedas. O por la de Ámbar, cuando mentía que una de las plumas de sus compañeras podía ser la suya. O por la de Luba, cuando miraba la cara de Ámbar cuando mentía. O porque tal vez yo tenía la misma intuición que la señorita Inés para detectar rayas trazadas sin regla; sólo que yo la usaba para otra cosa. Lo cierto es que ya lo sabía, y por eso fue que no me sorprendí cuando ellas me lo dijeron. Sí me sorprendí después, cuando me explicaron para qué

me habían citado allí.

–Queremos armar un equipo para descubrir quién es el que se llevó las cosas –dijo Luba.

–Y queremos que en ese equipo estés vos, Ramón ... –dijo Roberta.

Otra vez las bolas de fuego dentro de mi cuerpo.

–¿Por qué yo?

–Porque necesitamos un hombre. Creemos que el ladrón es. un hombre...
–dijo Luba.

–¿Por qué piensan eso?

–Porque los dos robos fueron a mujeres –habló otra vez Luba, mientras Roberta asentía.

–¿Y eso qué tiene que ver...?

–Que entre ustedes no se van a robar... –dijo Roberta tímidamente.

–Tengo mis dudas de que no pudiéramos robarnos entre nosotros. De lo que no tengo dudas es de que ustedes entre ustedes sí podrían... Mirá como se agarraron de las mechas el otro día.

Las chicas dudaron, se miraron. Hubo un silencio y luego Roberta le dijo a Luba:

–Tiene razón.

Y Luba también lo reconoció.

–Estamos de acuerdo en que las cosas se las llevó alguien. Pero puede haber sido hombre o mujer. Incluso estuve pensando que podría haber sido alguien que no esté en el aula con nosotros, que no sea nuestro

amigo -dije.

–Ojalá... –dijo Roberta.

–Tendríamos que montar guardia cerca de la puerta del aula todos los recreos, empezando mañana. Cualquier movimiento sospechoso, lo investigamos. ¿Qué les parece? –dijo Luba–. Creo que entre los tres lo podemos descubrir.

–¿Aunque ya no sirva tanto que sea hombre? –dije yo.

Las chicas se miraron y asintieron con la cabeza.

–Yo quiero que vos estés. ¿Vos querés? –preguntó Roberta.

–Sí, quiero –dije.

Las chicas se tentaron de risa con mi frase, que sonó a casamiento, y yo, que ya estaba empezando a hartarme de mis frases incontenibles, ni siquiera me puse colorado, sino que me reí con ellas.

Luba nos pidió que pusiéramos la mano derecha sobre la suya, y luego inventó un juramento.

–Esto es un equipo de tres, esto es un secreto de tres, esta es una misión de tres: Roberta, Ramón y Luba –dijo ella.

Y nosotros repetimos.

–Esto es un equipo de tres, esto es un secreto de tres, esta es una misión de tres... Roberta, Ramón y Luba.

–¡Hip, hip, ra! –dijimos y alzamos las manos en el aire.

Se pararon para irse. Yo también me paré.

–Vos salí dentro de dos minutos, así no despertamos sospechas –dijo

Luba, y me empujó otra vez sobre mi silla.

–Chau –dijo Roberta y me regaló otra sonrisa rodeada de pecas.

Obedecí. Evidentemente no iba a ser yo el capitán de ese equipo.

Mientras esperaba a que pasaran esos dos minutos me puse a hojear el libro que las chicas habían dejado en la silla al costado de la mesa. Era la misma enciclopedia que íbamos a leer con Iván en los recreos. El lápiz negro de Luba había quedado entre la página 356 y la 357, justo donde aparece el cuerpo humano desnudo.

Medio pan y un libro

Fragmento de una alocución de Federico García Lorca al Pueblo de Fuente Vaqueros (Granada)

Cuando alguien va al teatro, a un concierto o a una fiesta de cualquier índole que sea, si la fiesta es de su agrado, recuerda inmediatamente y lamenta que las personas que él quiere no se encuentren allí. “Lo que le gustaría esto a mi hermana, a mi padre”, piensa, y no goza ya del espectáculo sino a través de una leve melancolía. Ésta es la melancolía que yo siento, no por la gente de mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por todas las criaturas que por falta de medios y por desgracia suya no gozan del supremo bien de la belleza que es vida y es bondad y es serenidad y es pasión. Por eso no tengo nunca un libro, porque regalo cuantos compro, que son infinitos, y por eso estoy aquí honrado y contento de inaugurar esta biblioteca del pueblo, la primera seguramente en toda la provincia de Granada. No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social. Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros? ¡Libros! ¡Libros! Hace aquí una palabra mágica que equivale a decir: ‘amor, amor’, y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso Fedor Dostoyevsky, padre de la revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la

Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita; y pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: “¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!” Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua: pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir la cumbre del espíritu y del corazón. Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: “Cultura”. Cultura porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.

Septiembre de 1931

Tomado de Obras, tomo VI: Prosa, 1, Madrid: Akal, 1994